

## **Pulsiones y desarrollo cultural**

**Yako Román Adissi**

**Pulsiones y desarrollo cultural**

 **Lugar**  
Editorial

Adissi, Yaco  
Pulsiones y desarrollo cultural / Yaco Adissi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2016.  
304 p. ; 23 x 16 cm.  
ISBN 978-950-892-524-4  
I. Psicología. I. Título.  
CDD 150

Edición y corrección: Mónica Erlich  
Imagen de tapa y fotografía de solapa: Manuel Sofía Sainz y Victoria Rodríguez  
Diagramación: Silvia C. Suárez

© Yako Román Adissi

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-524-4  
© 2016 Lugar Editorial S. A.  
Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires  
Tel.: (54-11) 4921-5174 / 4924-1555  
lugar@lugareditorial.com.ar  
www.lugareditorial.com.ar  
facebook.com/Lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

*A la memoria de Sigmund Freud, Jamil Abuchaem,  
Ángel Garma y Fidias Cesio*

“Sabemos que el amor pone diques al narcisismo, y podríamos mostrar cómo, en virtud de ese efecto suyo, ha pasado a ser un factor de cultura.”

Sigmund Freud, “Psicoanálisis de las masas y análisis del yo”, 1921.

“No importa cuán a menudo insistamos, y con derecho, en que el intelecto humano es impotente en comparación con la vida pulsional. Hay algo notable en esa endeblez; la voz del intelecto es leve, mas no descansa hasta ser escuchada. Y al final lo consigue, tras incontables, repetidos rechazos. Este es uno de los pocos puntos en que es lícito ser optimista respecto del futuro de la humanidad, pero en sí no vale poco.”

Sigmund Freud, “El porvenir de una ilusión”, 1927.

## *Agradecimientos*

Decía Cicerón: “La gratitud no sólo es la más grande de las virtudes, sino que engendra todas las otras”. Recuerdo que uno de mis maestros, Ángel Garma, me dijo en una oportunidad al comentarle la actitud desagradecida de una persona, que debía solicitarle que me agradezca porque el no hacerlo era una característica infantil en tanto que lo esperable de los adultos es ser agradecido y solicitarlo a aquellas personas que lo niegan.

En su escrito de 1959 titulado “Algunos contenidos latentes de las discordias entre psicoanalistas”, dice Ángel Garma: “La gratitud y la capacidad para darla, recibirla y pedirla, no es dependencia infantil, ni es una actitud de superioridad, sino una reacción adulta. No lleva a ensalzar, ni a levantar monumentos conmemorativos, sino que expresa ante todo la capacidad positiva de uno mismo de sentir y realizar una buena labor”.

El agradecimiento es, entonces, un acto voluntario fundado en la capacidad discriminativa de quien comprende la importancia que ha tenido la alteridad en su desarrollo intelectual-afectivo. Una persona agradecida es siempre agradable para quien es receptor de su gratitud, porque la posibilidad de ubicarse en el lugar del otro interviene en el desarrollo de la autoestima de ambos.

La vida es impensable sin la presencia donativa de la alteridad iniciada por nuestros padres y todos aquellos que en el desarrollo vital han sido sus sustitutos, contribuyendo a que nuestra permanencia en este maravilloso mundo sea menos dolorosa.

Escribir un libro, como cualquier otra actividad, tiene como necesaria referencia a los otros, a la sociedad que al albergarnos nos nutre y nos ataca por la inevitable existencia del narcisismo de las pequeñas diferencias: la más clara expresión de la presencia en la humanidad de la inhumanidad, que niega lo que debiera ser la cualidad esencial de aquella.

No estamos solos los individuos, aun cuando intentamos manifiestarnos como indivisos nuestro “yo” se comporta como un “nosotros”, sin que podamos ser conscientes de ello cuando somos movilizados por dinámicas inconscientes heredadas que limitan nuestro bienestar.

Nuestro crecimiento depende de nuestra capacidad para transformar las dificultades en herramientas que incrementen nuestro desarrollo

y ello solo es factible por la incidencia de todos aquellos que nos han donado éticamente su sostén.

Este libro es no solo una manifestación de mi presencia en el mundo sino de la presencia en mí de aquellos otros que, desde la inicial paternidad contribuyeron a que vaya siendo: hermanas, familiares cercanos y fundamentalmente mis hijas María y Gabriela, quienes a pesar de la distancia geográfica saben acompañarme y dialogar amorosamente; a mis hijos en el afecto, Oliverio y Manuel, quienes con su actitud reeditan la confianza, cariño y respeto con la que su madre me inviste.

No menos importante, pero sí nodal, es la presencia de mi esposa, Liliana, quien con su fina intuición y clara inteligencia ha contribuido a mi desarrollo como persona.

Debo también mencionar a la madre de mis hijas, quien durante un lapso importante de nuestras vidas compartimos proyectos y esperanzas.

Ha sido muy valiosa la formación recibida durante cuatro años en el curso de posgraduación dictado en la Universidad de Belgrano de la ciudad de Buenos Aires sobre psicoanálisis, psicoterapia y técnicas psicodiagnósticas y los dos grupos de estudio privados sobre la obra de Sigmund Freud y Melanie Klein coordinados por el doctor Jamil Abuchaem durante ocho años.

Fundamental en mi desarrollo fueron los conocimientos recibidos en la Asociación Psicoanalítica Argentina lo que ha cimentando mi vocación por la ciencia psicoanalítica, posibilitarme el diálogo con reconocidos creadores e impulsores científicos, dando lugar a que mi actividad docente en dicha institución, en las universidades de Belgrano y del Salvador de la ciudad de Buenos Aires y en la coordinación de grupos privados se instalase en mí como un aprendizaje mayor.

Los pacientes forman parte entrañable e inalienable en mi práctica porque la confianza depositada en mí no solo me ha permitido crecer clínica y teóricamente, sino que su presencia confiada ha sido siempre alentadora.

Reconocida mención merece la Asociación Europea de Historia del Psicoanálisis y su presidente el doctor Roberto Goldstein quien merced a su eficiente labor se han organizado conferencias de psicoanalistas prestigiosos y reuniones mensuales en las que intercambiamos conocimientos e ideas, generando proyectos importantes para el desarrollo de la ciencia psicoanalítica en Barcelona, hermosa ciudad española donde tengo el privilegio de transitar mis días.

Me satisface mencionar mis agradecimientos a los colegas Eduardo Braier, Mauricio Santín Iriarte, Aurora Angulo, José Fernández Toledo y Roberto Goldstein por las ideas desgranadas en nuestros encuentros quincenales y a mi entrañable amigo y colega Mario Jaite por alentarme

con su confianza cuando emigré a España; y a la colega Norma Gamalero por su amistad y familiaridad.

Una mención especial merece el doctor Víctor Korman por prologar este libro, páginas que dejan constancia del interés y meticulosidad con la que ha realizado un escrito que me honra.

Finalmente, mi agradecimiento a los colegas doctores Fernando Weissmann y Sara Zusman de Arbiser por aceptar, el primero presentar el libro y discutirlo la segunda en la Asociación Psicoanalítica Argentina.

“Puede que haya concebido equivocadamente la verdad teórica, pero no me equivoqué en pensar que existe tal verdad y que merece nuestra lealtad. Puede que haya creído que el camino hacia un mundo de hombres libres y felices era más corto de lo que se está revelando, pero no me equivoqué al pensar que ese mundo es posible, y que merece la pena vivir con miras a volverlo realidad.”

Bertrand Russell

## *Más que prólogo..., un largo agradecimiento*

Víctor Korman, en la “casa del lago”;  
embalse de Entrepeñas (Guadalajara - España),  
24 al 27 de Marzo de 2016

### **I**

Tengo que comentar, pensé, mi estado de ánimo de estos momentos en que, sentado frente al ordenador, intento escribir el prólogo de un libro que se titula, ni más ni menos, que *Pulsiones y desarrollo cultural*. Y quiero relatarlo porque su desencadenante tiene que ver con cuestiones de fondo de este volumen y con el tema nodal del mismo: sigo conmocionado por los atentados de hace dos días en el aeropuerto y metro de Bruselas. Más muertos, más desesperación, más destrozos y más preguntas sin contestar acerca de la condición humana, de la sociedad actual, su *cultura* y las *pulsiones* destructivas.

Estos nuevos asesinatos reavivan en mí el recuerdo de los cometidos en los últimos meses en París y en otras ciudades del mundo. Y por si fuera poco, día sí y otro también, las imágenes de los refugiados agolpados en campamentos miserables en las fronteras del viejo continente siguen consternando a quienes tenemos un poco de sensibilidad. El horno no está para bollos en esta comunidad europea, que llevó a cabo su unidad monetaria, pero que es impotente para resolver los múltiples dramas humanos que la sacuden. Paradoja, entonces, la de tener que escribir sobre *cultura* y *pulsiones* en unos días como estos. Además, privilegio triste de hacerlo en un momento y en un contexto que incita a reflexionar sobre el tema.

No se trata solo de Europa; todo el mundo está convulsionado y ha cambiado de manera vertiginosa en las últimas décadas. No es el momento ni la ocasión para reseñar esas transformaciones, aunque sí, tal vez, para dejar constancia que, hablando de *desarrollo cultural*, podríamos convenir con facilidad que este último no se ha dirigido mayormente hacia las direcciones que anhelábamos y que, más aún, en algunos aspectos

parece que se haya producido involuciones. El “mal” no ha registrado un retroceso extendido en nuestro planeta<sup>1</sup>.

Lo dicho no es fruto de mi consternación del momento ni de una melancolía fatalista; tampoco la visión fatigada de un viejo cascarrabias que piensa que todo tiempo pasado fue mejor. Bastaría solo con leer las portadas de los periódicos o ver las telenoticias para saber que se trata de realidades tristes, complejas y de muy difícil erradicación. Yako Adissi, al tratar estas y otras problemáticas conexas desde la perspectiva psicoanalítica, arroja una luz que, en cierto sentido alivia, aunque lo hace por recodos nada sencillos. Ayuda a no olvidar que junto a los aspectos más deplorables de los seres humanos, están también cotidianamente presentes hechos, actividades y acciones que nos reconcilian con la humanidad, en las que también participan nuestras *pulsiones*. Por mi parte, no quiero privarme de mencionar aunque más no sea algunas entre el repertorio de las que me han surgido a vuelapluma:

- Una mujer que planta un rosal en tierra poco fértil;
- un taxista, raro de encontrar, que escucha música clásica mientras lleva a sus pasajeros a la estación del ferrocarril;
- un zapatero que ejerce aplicadamente su oficio;
- una adolescente que se dirige al concierto de su músico preferido;
- unos vecinos que te dan los buenos días con ganas en el ascensor;
- quien te habla con una sonrisa de la época de los Beatles;
- una pareja de mujeres que da a luz una hijita;
- quienes no ejercen rápidamente el tic paranoide que divide entre aliados y enemigos;
- una abuela que prepara afanosamente la comida dominguera para sus hijos y nietos;
- un niño de dos años que escoge entre decenas de aviones de juguete unos pocos, para decir: ¡“etos” son de madera!, sin tener el más mínimo conocimiento sobre qué es la noción de grupo y la de clase.
- los que dan un trozo de pan a los refugiados, que siguen su marcha hacia lo incierto;
- y un sinfín más de situaciones, pequeñas o grandes, banales o algo más trascendentes, alegres y tristes que hacen decir: me gusta la vida aunque, también, me duele.

1 Utilizaré los vocablos “bien” y “mal” –harto insuficientes o tal vez incorrectos por su excesiva carga valorativa– por que el uso ha impuesto esas acepciones para referir unas entidades abstractas constituidas por todo lo que se considera moralmente bueno a malo. Por supuesto que lo evaluado como bueno o malo difiere de un sujeto a otro.

## II

Yako Adissi centró el contenido de su libro en un tema que ha sido poco abordado por los psicoanalistas, pese a que merecía una urgente dedicación. Me refiero a la incidencia de las pulsiones en el desarrollo de la cultura. Freud se refirió a esta misma problemática bajo el sintagma *aptitud para la cultura*, a la que caracterizó como: “la capacidad de un ser humano para *reformular* las pulsiones egoístas bajo la influencia del erotismo”<sup>2</sup>.

Lo concernido por estas ideas básicas atraviesa de cabo a rabo el escrito de Adissi. El título del mismo –elegante, escueto y preciso a la vez–, tiene la virtud de expresar de manera muy afinada ese eje temático. Las 304 páginas del volumen son dedicadas a explorar las múltiples y variadas problemáticas que convergen a ese vector directriz. El índice del libro apenas refleja la frondosidad de las ramificaciones que salen, para acabar volviendo al troco central; cada rama es tratada con meticulosidad por el autor a lo largo de su texto.

El lector agradecerá que en ese recorrido haya reiteraciones de ideas previamente expuestas y anticipaciones de las que se sostendrán en capítulos posteriores, porque le permitirá leer cada sección del libro como una unidad en sí misma. No le será imprescindible seguir estrictamente el orden con que aparecen en el volumen.

El estilo con que está escrito facilita que sea de lectura amena, fluida, y que pueda seguirse como un relato atractivo, efecto que se debe a mi entender a que las tesis que él sostiene están claramente formuladas y fundamentadas. Pero, el estudioso de la psique –o, más ampliamente, de la vida humana– tendrá que leer y releer, párrafo tras párrafo, con atención. Mejor si lo hace munido de lápiz y papel para dejar constancia, por un lado, de los pensamientos del autor, descubriendo de paso hacia qué apuntan por elevación; y, por otro lado, recapitular sus propias ideas sobre los asuntos tratados, para iniciar un diálogo imaginario pero fecundo con quien escribió este volumen.

El recurso casi constante a diccionarios etimológicos y de usos de la lengua castellana realza la ya afinada pluma de Yako R. Adissi por la vía de ajustar con mucha precisión los significados de las nociones, conceptos y

2 El título original de este artículo del vienés –*Zeitgemässes über Krieg un Tod* (1915)– fue traducido por José L. Etcheverry como: “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, y por Luis López-Ballesteros como “Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte”. La frase citada está en la p. 284, Vol. XIV de las *Obras Completas* de S. Freud, Amorrortu editores. Las cursivas son de Freud; en cambio la cursiva del vocablo “reformular” es mía; esta misma palabra aparece también al comienzo de dicha página. Enseguida se entenderá los motivos de tal destacado. Las próximas citas de este texto son de la mencionada edición.



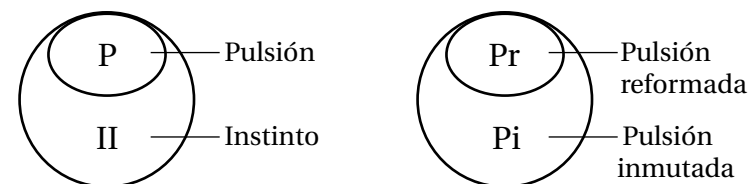
vocablos que utiliza. Reduce, así, fecundamente la polisemia de algunos términos que, con tanta frecuencia, genera derivas semánticas imaginarias en el lector.

Por mi propia experiencia en la lectura de este libro sugiero desactivar la tecla “crítica rápida”, que generalmente impide dejarse conmover intelectualmente y facilitar que cruja el andamiaje conceptual propio que, a mi parecer, necesita recibir de tanto en tanto una sacudida. El lector podría descubrir entonces que se había aferrado a *una* lectura –sesgada como todas– de los textos fundantes del psicoanálisis y que existen *otras* muchas posibles, que al poner el acento en cuestiones diferentes, hacen surgir un Freud distinto. Esto solo bastaría para recomendar su lectura, porque: ¿qué más podríamos pedirle al autor de un nuevo libro, si no es que nos permita continuar con la eterna e infatigable tarea de seguir pensando?!

Y digo todo esto antes de comentar el *contenido* conceptual de este escrito, que lamentablemente no podrá ser pormenorizado ni enfocado a todos los capítulos, sino que se ocupará del eje central del libro, ya enunciado anteriormente.

### III

Adissi da por descontada una incidencia significativa de las pulsiones en la vida cultural y, más ampliamente, en todos los actos de nuestros congéneres (tesis eminentemente freudiana expuesta más arriba). Sin embargo, a renglón seguido se exige precisar qué entiende por pulsión, cómo opera esta en los humanos y cuáles son las diferencias con los instintos animales. Me permito resumir *a mi manera* lo que él expone con excelencia y extensamente tomando apoyo en textos de Freud [la diferencia entre *Trieb* (pulsión) e *Instinkt* (instinto)] y de Laplanche (la pulsión como perversión de la instintividad). Para tales fines aplicaré a este asunto un diagrama que se inspira en el ocho interior de Lacan, aunque modificado. He utilizado este esquema básico para el examen de diversas problemáticas conceptuales y creo que puede ser de utilidad emplearlo en este asunto. El de la izquierda representa la derivación de la pulsión a partir del instinto; el segundo se refiere a las “transformaciones”, “cambios”, “reformas”, “mutaciones”, “educación” de las pulsiones –todas palabras utilizadas por Freud–, durante los momentos vitales posteriores a su constitución.



El trazado básico es el mismo en ambos casos; y admite varias consideraciones:

- El círculo pequeño es una subdivisión del grande.
- El bucle grande y el menor aparecen en una relación de inclusión-exclusión; es decir, están interrelacionados aunque también diferenciados.
- Se trata de compartimientos “no” estancos; hay cierta continuidad entre ambos (desde el círculo mayor se puede entrar al menor y desde este es posible salir hacia el más grande).
- Lo contenido en el círculo pequeño tiene especificidades que lo distinguen del mayor.
- Que el bucle más grande se redoble adentro suyo en otro más pequeño es una manera de representar la *continuidad* y las *diferencias* entre ambos. El círculo interno alberga algún(os) elemento(s) distintivo(s) respecto de los que quedan ceñidos por el mayor.
- Ambas superficies mantienen entre sí una relación tal que, cuando una se amplía la otra se reduce.

El diagrama de la izquierda puede leerse así:

- La pulsión (P) está en potencia en el instinto (I); la primera deriva del segundo. P se constituye con características propias que la diferencia de I. Parte del manojito instintivo con que llega al mundo el recién nacido humano se transforma y queda subsumido en la pulsión. Los humanos tenemos la posibilidad de “pulsionarizar” nuestros instintos, aunque siempre quedarán remanentes instintivos en todo aparato psíquico.
- El grado e intensidad con que acontece esa derivación  $I \rightarrow P$  varía de un sujeto a otro e incide en la sobredeterminación de las peculiaridades de cada estructuración subjetiva.
- Las superficies P e I son cuanti y cualitativamente distintas en cada persona. Las que quedan instauradas en un sujeto concreto pueden sufrir ampliaciones o reducciones por factores variados.
- La pulsión en los humanos sería un instinto trasmutado, “pervertido” según la terminología de Laplanche, como lo sería también la

propia constitución biológica del recién nacido: el cuerpo o soma terminará siendo una biología “psiquizada”, trasmutada por sus conexiones con lo psíquico y lo social.

- La pulsión se diferencia del instinto en que su objeto no está establecido hereditariamente; es más bien *variable* y *contingente*. Se trata siempre de un objeto *parcial*. Los fines de la pulsión son múltiples y las pulsiones parciales se subordinan tardíamente a las genitales, cuestión esta que no viene garantizada por la maduración biológica.

El segundo esquema muestra la posible evolución de las pulsiones una vez que ellas se han constituido a partir de los instintos. La organización pulsional no es la misma durante el periodo de perversidad polimorfa que cuando se produce la preeminencia de lo fálico. Las pulsiones no son iguales durante el autoerotismo que en el narcisismo primario o cuando se constituye la triangularidad edípica y se atraviesa la castración.

- Una vez acontecida la “pulsionarización” de los instintos pueden acontecer cambios en las pulsiones constituidas en esa derivación primigenia. Freud las caracterizó por medio de los vocablos antes enunciados: “reforma”, “ennoblecimiento”, “trasposición”, “trasmudaciones”, etcétera.
- Las circunstancias y los avatares de la vida suelen provocar que las cuotas relativas de la pulsión ennoblecida, reformada (Pr) y la pulsión inmutada (Pi) puedan incrementarse o reducirse. La relación Pr/Pi (véase esquema de la derecha) no es eterna ni constante; hay factores estructurales y coyunturales que la determinan. Eros y Tánatos están implicados en esa ecuación que determina, entre otras cosas, el carácter del yo.

Vale la pena citar ampliamente un fragmento del mismo texto freudiano:

Como ya sabemos, la *compulsión externa* (la que ejercen la educación y el medio) provoca en el hombre una reforma de su vida pulsional hacia el bien, una vuelta del egoísmo al altruismo. Pero este no es su efecto necesario ni regular. La educación y el medio no sólo tienen premios de amor por ofrecer; trabajan también con otra clase de premios de conveniencia: recompensas y castigos. Por tanto, su efecto puede ser que el sometido a su influencia se decida por la acción culturalmente buena sin haber consumado dentro de sí un *ennoblecimiento pulsional*, una trasposición de inclinaciones egoístas a inclinaciones sociales. El resultado será, en líneas generales, el mismo; sólo bajo particulares condiciones se revelará que un individuo actúa siempre bien porque sus inclinaciones pulsionales lo

fuerzan a ello, mientras que otro sólo es bueno en la medida en que esta conducta cultural le trae ventajas para sus propósitos egoístas, y únicamente durante el tiempo en que ello ocurre. Pero un conocimiento superficial del individuo no nos proporciona medio alguno de discernir entre estos dos casos, y sin duda nuestro optimismo nos llevará a sobreestimar en mucho el número de los hombres que se han transformado en el sentido de la cultura (p. 285).

En la p. 283 ya había sostenido que las mociones pulsionales podían ser inhibidas, guiadas hacia otras metas y otros ámbitos que lograban cambiar sus objetos (en alusión, creo, a la sublimación aunque no la nombra explícitamente), volverse en parte sobre la propia persona, generar formaciones reactivas: el egoísmo daría pie al altruismo y la crueldad a la compasión. También se refirió a la *sofocación* (p. 285) de las pulsiones<sup>3</sup>. Llama la atención que no haya empleado en todo su artículo el vocablo *represión* (del representante representativo de la pulsión) ni el de *juicio de condenación*, referido al deseo y a ciertas manifestaciones pulsionales. Freud afirmó de manera taxativa:

La cultura se adquiere por la renuncia a la satisfacción pulsional y a cada recién venido se le exige esa misma trasposición continua. A lo largo de la vida individual se produce una trasposición continua de compulsión externa a interna. Mediante unos aditamentos eróticos [más arriba venía de decir: por la injerencia de componentes eróticos], las influencias culturales hacen que, en proporción cada vez mayor, las aspiraciones egoístas se muden en altruistas, sociales (p. 284; lo que está entre corchetes es mío).

Vale la pena señalar algunas cuestiones respecto de los dos fragmentos citados:

- a) Freud afirmó taxativamente que las pulsiones podían ser reformadas.
- b) Que la *modificación* de la pulsión por presión externa –“la que ejercen la educación y el medio”– no era “un efecto necesario ni regular” y que podía conducir a un cierto engaño; tampoco sería duradero, agrego yo.
- c) Que el vienés atribuyó importancia al logro de un verdadero *ennoblecimiento* de la pulsión al que describió como una “trasposición de inclinaciones egoístas a inclinaciones sociales”.

<sup>3</sup> Adissi alerta, con razón, acerca de que la sofocación de las pulsiones resta energía vital al sujeto.

- d) Estos cambios, incluido el último, no parecen constituir una trasmutación de lo *esencial* de la pulsión como sería el caso de la sublimación; no habría modificaciones del empuje, de las fuentes, de los objetos ni de los fines de la misma.
- e) La cultura se adquiriría por la renuncia a la satisfacción pulsional. Algunas renunciadas, diría yo, suavizando un poco lo rotundo de la frase del padre del psicoanálisis<sup>4</sup>.
- f) Estos efectos sobre la pulsión comentados por el vienés no pueden equipararse a los planteamientos de Abraham ni a los de todos aquellos analistas que han recurrido a la noción de oblatividad.

#### IV

Un breve inciso sobre estos dos últimos posicionamientos para luego volver sobre puntos claves del libro de Adissi: ¿qué pasa realmente con las pulsiones para que se cree o amplíe la “*aptitud para la cultura*”?

Según Abraham, el desarrollo libidinal sería básicamente madurativo: algo que existe en potencia debería desplegarse, siguiendo etapas regladas de antemano, hasta alcanzar el punto culminante de la evolución psicosexual –la etapa genital definitiva–. Postuló, pues, una evolución psíquica que seguiría un modelo prototípico de la embriología, con sus “organizadores” que hacen avanzar siguiendo escalones preestablecidos para todos los sujetos, cosa que nos habla de cierto acento instintivista en sus formulaciones en desmedro de lo que acontece caso por caso en función de la calidad y la naturaleza de las relaciones con los objetos primarios. Al llegar a esa última etapa de su esquema evolutivo las pulsiones habrían madurado, perdiendo su carácter inicial y esencial, lo que posibilitaría un amor libre de ambivalencias. Se estaría ante un sujeto apto para la sexualidad, casi liberado de su narcisismo. En síntesis: algo intrínseco de la pulsión cambiaría sustancialmente.

<sup>4</sup> En las renunciadas a la satisfacción pulsional, generalmente impuesta por el superyó (constricción interna), el displacer acarreado por las renunciadas es compensado por una satisfacción sustitutiva: el yo se siente enaltecido y orgulloso (sentimiento de raíz narcisista) por evitar que la pulsión alcance su meta. Tal inhibición de su fin es brindada –como ofrenda al superyó, de quién se espera su amor en calidad de recompensa. Cfr. *El malestar en la cultura* (1929-1930). Por entonces, Freud tenía un acervo conceptual mucho más amplio que el coetáneo al artículo de 1915 que se viene comentando, en el que, sin embargo, ya aparece la noción de renuncia pulsional, procedimiento diferente a la sublimación, que incluiría la defusión pulsional, con liberación de Tánatos en la psique.

De acuerdo a como Abraham concibió al objeto, parecen reunirse: el objeto de la pulsión, el objeto de amor y en cierta medida el objeto de la necesidad biológica. Configuró así una noción de objeto *sui generis*. Esto se completó con una fusión de la dimensión narcisista y pulsional del sujeto (que Freud había diferenciado con meticulosidad). Esa amalgama le impidió discriminar entre el objeto (total) de amor y el objeto (siempre *parcial*) de la pulsión. Por otra parte, al calificar de inmaduros ciertos caracteres estables de la pulsión convirtió automáticamente en “arcaica” toda relación de objeto que evidenciara las propiedades estructurales de la misma<sup>5</sup>.

Édouard Pichón –gramático y psicoanalista– introdujo en 1927 el término oblatividad en psicoanálisis, que deriva del vocablo *oblación*, que a su vez proviene del latín *oblatio-onis*. El DRAE dice en su entrada al vocablo *oblata* que es el dinero que se da al sacristán o a la Iglesia por razón de gastos de vino, hostias, ceras u ornamentos para decir misas (por un difunto, por ejemplo). La palabra oblatividad cambió su significado con el paso del tiempo. Se comenzó a emplearla para referir aquellas situaciones en que se entregaba dinero “a cambio de nada” o cuando se da algo material para recibir algo inmaterial.

Aludiendo a este último significado, algunos psicoanalistas atisbaron rasgos de oblatividad entre las manifestaciones de las pulsiones anales de los niños; por ejemplo: cuando entregaban sus heces a la madre, demandando a cambio su amor. Otros analistas más audaces, aplicaron esta noción a las pulsiones genitales que, a diferencia de las pregenitales, podrían ser tiernas y amorosas hacia el objeto. El sujeto puede mostrarse oblativo a través de ellas y renunciar a su propia satisfacción en pro del placer del otro. En algún sentido estas ideas recogen una parte del pensamiento “abrahámico”.

No creo que la pulsión sea oblativa; pero la ternura, el amor y la consideración hacia el objeto pueden surgir de otras dimensiones psíquicas.

#### V

Volviendo al meollo: ¿qué cambios se producen o se requieren de la pulsión para que pueda dar sostén a actitudes afines a la cultura? De

<sup>5</sup> No puedo extenderme más sobre estas cuestiones; donde sí lo hice fue en mi libro *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas* en el que dediqué un capítulo –“Abraham o un retrato en collage”– a exponer las ideas de este insigne analista. Freud, se lo puede leer, ha sido más cauteloso respecto de estas ideas sobre la *pulsión*. Afirmó que ella no dejaba nunca de buscar su satisfacción y que lo consumaba a través de un objeto que siempre era parcial. Para el vienés, la pulsión no era fácilmente domesticable.

las citas freudianas anteriores parece desprenderse que no es por una *compulsión externa* que las pulsiones se reformarían o modificarían de manera sustancial.

Por lo tanto, las preguntas insisten: ¿puede la pulsión cambiar sus características esenciales? ¿Se modifican o metamorfosean solo algunos rasgos de ella? ¿Qué rol juega el conjunto del aparato psíquico en el que está operando la organización pulsional? ¿Qué papel tiene la renuncia a las satisfacciones pulsionales? ¿Cómo inferir respuestas a estos asuntos a partir de lo que Freud y otros dijeron sobre las pulsiones en diversos momentos de sus extensas producciones?<sup>6</sup> ¿Cuáles son las posiciones de autor de este libro al respecto?

Munido sobre todo de ideas freudianas, combinadas con otras de su propia forja, Adissi encara estas cuestiones espinosas planteando desde el comienzo de su libro una línea directriz fundamental, conformada, según entiendo, sobre la base de los cuatro postulados siguientes:

*Primero:* si bien las pulsiones –y la sexualidad humana en general– tiene improntas de la instintividad animal, ellas muestran importantes elementos diferenciales respecto de aquella debido a los procesos simbólicos que participan en la creación de fantasías y en la constitución del deseo humano.

*Segundo:* Los complejos de Edipo y de castración cumplen un papel esencial en la estructuración de la subjetividad y tienen efectos importantes sobre la organización pulsional. La triangularidad edípica determina la confluencia de las pulsiones parciales en torno a lo fálico, hace que el amor y el odio se constituyan como un par antitético, que haya discriminación yo-no yo y que el narcisismo sea destilado en los alambiques de la castración, cosa que lleva al sujeto a actuar bajo los lemas de: “todo no se puede” y “nuestros deseos jamás podrán ser satisfechos totalmente”.

*Tercero:* si esas exigencias se cumplen, estarían dadas las condiciones estructurales para que las pulsiones se *ennoblezcan*. Me refiero a que se hagan presentes y actúen “las injerencias eróticas” o de “los aditamentos eróticos”; palabras del vienés que Adissi parece interpretar como una mayor presencia de Eros y, por lo tanto, una capacidad de amar más amplia. Por algo él colocó en el primer renglón de la primera página de su libro –casi a la manera de una declaración de principios e intenciones– esta frase:

6 En Freud será imprescindible tener en cuenta lo que sostuvo en: *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) con sus agregados posteriores; *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915); el ya comentado con detenimiento *De guerra y muerte...* (1915), *Más allá del principio del placer* (1920), *El malestar en la cultura* (1929-1930), 20ª y 21ª conferencias de Introducción al psicoanálisis y Esquema de psicoanálisis (1940 [1938]), capítulo II. Cabrá también una lectura que signifique retroactivamente estos textos.

Sabemos que el amor pone diques al narcisismo y podríamos mostrar cómo, en virtud de ese afecto suyo, ha pasado a ser un factor de cultura<sup>7</sup>.

*Cuarto:* postulado fundado en otra frase de Freud que el autor cita textualmente:

[...] caeremos en un error si concebimos nuestra inteligencia como un poder autónomo y descuidamos su dependencia de la vida afectiva<sup>8</sup>.

Adissi se refiere con insistencia a los factores afectivo-intelectivos (los escribe unidos por un guion) y considera que ellos también actúan modulando la pulsión. Estos determinantes podrían incidir asimismo sobre los remanentes de las pulsiones inmutadas (no reformadas ni ennoblecidas: Pi, en el esquema), favoreciendo trasmudaciones nuevas. Aunque implícita, es obvia la referencia a las transformaciones subjetivas en los tratamientos psicoanalíticos, se pueden sintetizar así: que Eros le gane territorio a Tánatos. No por nada Freud dijo que el psicoanálisis clínico tenía como objetivo mejorar “la capacidad de amar y de trabajar”.

Una vez expuestas las ideas directrices del libro retomaré los interrogantes formulados al comienzo de este apartado. Adissi sostiene taxativamente que las pulsiones pueden ser reformadas y ennoblecidas. Todos estos procesos implicarían un aumento de la *aptitud para la cultura*. Se trataría de efectos que surgen más bien por acciones indirectas sobre las pulsiones, que por vías directas; aunque el autor no descarta estas últimas. Son indirectas porque la metamorfosis pulsional<sup>9</sup> se genera como consecuencia de cambios en el conjunto de la organización psíquica de un sujeto. No se trataría de modificaciones de las características esenciales de las pulsiones como sería el caso de la sublimación. Sin duda, las cualidades de la organización pulsional de cada sujeto están en estrecha dependencia respecto de cómo se atravesó el Edipo y de cómo se recicló el narcisismo primario. Si el pasaje por ambos complejos ha sido “adecuado” –es una forma breve de decirlo, aunque no la mejor– la dimensión pulsional y deseante de la psique sufrirían modificaciones; entre ellas, cierta *atenuación* de los rasgos montaraces e indómitos de la pulsión.

Adissi hace suyas las afirmaciones freudianas sobre la reforma de las pulsiones, en general, y las que se lograrían por la “educación” de las

7 Extractada de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), capítulo X, “La masa y la horda primordial”, Amorrortu editores, vol. XVIII, p. 118.

8 *De guerra y muerte*. Temas de actualidad, Op. cit., vol. XIV, p. 288.

9 Literalmente: cambio de forma de la pulsión.

mismas, en particular. Pero, también parece reconocer las palabras del mismo Freud, que a renglón seguido sostiene que los resultados obtenidos por esa vía son bastante pobres, dudosos y, además, reversibles. Si la pulsión se ennoblece no haría falta “educarla”, reprimirla ni sofocarla. Lo descrito para la pulsión es parte de un proceso más amplio, que implica el pasaje de la naturaleza a la cultura en el ser humano: después del nacimiento biológico habría un segundo nacimiento a la vida psíquica y social.

Adissi prevé desde el principio del libro que sus ideas “pueden resultar incoherentes para quienes consideran que es imposible unir el reconocimiento discriminativo y valorativo hacia los otros, con la fuerza pulsional”. En cada uno de los diez capítulos de este volumen él dedica al menos una parte de los mismos a explicar y dar fundamento –desde diferentes ángulos y puntos de vista– los cuatro postulados que, a mi parecer, conforman el eje central de sus posiciones. Destacaría los capítulos II, IV y X como los más importantes en la defensa de las tesis suyas. El autor –mostrándose fiel a sí mismo<sup>10</sup>– discurre, dilucida y da sostén teórico-clínico a esas ideas.

## VI

La contraprueba: Adissi refiere también unos hechos que son fácilmente constatables: en la actualidad, una parte significativa de los encuentros sexuales se realiza en ausencia de ternura y de amor. En esas condiciones, ambos *partenaires* acaban actuando un deseo atrapado en las redes de lo imaginario. Participan de ese fenómeno –y en buena medida parecen determinarlo– una exacerbación del narcisismo, un déficit simbólico y una tendencia a la actuación de las fantasías, presencias muy frecuentes en la psique de los neuróticos del siglo XXI. ¡Eros, si gana la partida es por muy poco!

Que hoy aparezcan manifestaciones de este tipo no debería asombrar: cada periodo histórico de la humanidad hace surgir alguna problemática psíquica que, en cierto sentido, se convierte en paradigmática, porque en ella convergen rasgos que adquirieron presencia significativa en el discurso social y que luego acaban haciéndose carne y psique en los sujetos contemporáneos. Y no podría ser de otro modo porque lo psíquico es lo social subjetivado. Así, la histeria lo fue respecto de la época victoriana; entonces se dio rienda suelta a la represión, sobre todo a la

<sup>10</sup> Cosa que, dicha sea de paso, además de loable es infrecuente entre los psicoanalistas, que suelen ser más propensos a guardar fidelidad a un maestro, a una teoría o a una institución que a su propio pensamiento.

represión sexual de la mujer. En la actualidad, los aspectos reprimidos de la sexualidad son menores, se estimula la actuación de las fantasías y se aceptan las mil y una facetas de la misma. Las luces, cuando avanzan llevan a lo contrario en su seno.

## VII

Otro capítulo importante, el octavo, tiene el triste privilegio de referirse a un *malestar de la cultura* de candente actualidad; se titula “Violencia: una manifestación de la perversidad”. Comienza señalando algo que comparto plenamente: cualquier intento de comprender las conductas humanas se ve limitado por las dificultades de aprehender las dinámicas pulsionales que las sustentan. Continúa luego su análisis de los comportamientos violentos y, al igual que en los restantes capítulos, se remite también a la etimología y a los significados de los conceptos y nociones que utiliza. Después, cita *Tres ensayos...* (1905, p. 144), dice:

La historia de la cultura humana nos enseña, fuera de toda duda, que crueldad y pulsión sexual se copertenecen de manera estrecha.

Dado que el lector tiene a mano lo que escribe y describe Adissi con lucidez en este capítulo 8 sobre las conductas violentas, la violencia perversa y otros temas relacionados, prefiero comentar a continuación, en línea con lo que dije al final del apartado II de este prólogo, algunas reflexiones que me ha despertado el contenido del mismo.

## VIII

A partir de la última cita de Freud se deduce que, inexorablemente, habría un componente cruel en todas las personas. Esto llevaría a pensar que los grandes crímenes cometidos por algunos seres humanos no fueron –ni son–, en general, obras de sádicos descomunales ni de enfermos mentales muy graves. Parecen más bien ser el resultado de acciones basadas en rasgos conocidos por todo el mundo, porque todos los tenemos. Sin duda el factor cuantitativo juega un rol, como también cierta dosis de fanatismo y de rasgos paranoicos, que tampoco nos son del todo ajenos. A menudo se suele calificar a estos grandes criminales de “bestias” o de “feras salvajes”, etcétera. Tal vez estas palabras sean algo injustas respecto de los animales; estos matan básicamente cuando están hambrientos o

para defenderse de los ataques. En cambio los hombres lo hacen para protegerse de peligros que a menudo existen solo en sus fantasías. En realidad, los hombres que llevaron a cabo masacres importantes justificaron haberlas hecho en aquello que, precisamente, los distanciaba y diferenciaba de los animales. Como se ve, estrictamente hablando, el adjetivo “humano” es, cuanto menos, bifronte. No es solo un elogio.

Las guerras, la maldad perversa, los actos vandálicos o de dominación del otro y sus justificaciones por parte de quienes las promueven y la practican, no han descubierto nada que desconociéramos acerca de la naturaleza profunda de los seres humanos. Lo que ellos suelen decir –también lo que se observa en pacientes y en uno mismo– revela que la inclinación hacia el bien o hacia el mal forman –ambas–, parte de las potencialidades del ser humano. Freud, en su frase citada de *Tres ensayos...*, señaló hace más de un siglo –antes de la primera y la segunda guerra mundial– que crueldad y pulsión se copertenecían, por lo tanto: la crueldad es universal; las diferencias vienen dadas por si se la ejerce mucho o poco, por si se la canaliza mejor o se la reprime. Como también es universal la pulsión de dominio.

Esto significa que la posibilidad de liberarnos de lo maligno, de las tendencias destructivas y de la perversidad es poco probable o más bien una esperanza vana. Sin embargo, a pesar de todas las evidencias de que el mal está también dentro nuestro y que (con)vivimos con él, sigue resultando difícil aceptar esa idea.

Preferimos levantar una muralla infranqueable entre los “cruels ogros” y nosotros, condenarlos al oprobio y creernos diferentes, por esencia, asombrándonos de como semejantes seres han podido existir. “Ellos” nunca podrán ser condenados en la proporción justa a los crímenes que han cometido, pero “nosotros” no dejamos de ser criminales en potencia. Basta con que se den algunas circunstancias y hechos que activen nuestras “bajas pasiones” para que salga a relucir el “asesino” interior o, como he dicho en otras ocasiones, lo más sórdido de cada uno.

¿Quiere esto decir que no habría diferencias entre verdugos y víctimas? Las hay evidentemente, pero “humanizar” al maligno perverso –sin perdonarles así nomás ni minimizar sus crímenes– permitiría ver con más claridad lo que se desprende de la afirmación freudiana de *Tres ensayos...*

Habría que rendirse ante la evidencia: ese lado inhumano forma parte de lo humano. Mientras no reconozcamos que la inhumanidad es algo *también humano* como lo dice con rotundidad Adissi, seguiremos engañándonos con falsedades caritativas o con exculpaciones fáciles. La palabra humano no se opone a inhumano; ambas juntas se enfrentan a lo no humano.

Que jamás se conseguirá librar a los seres humanos de la crueldad y de sus tendencias malignas (asesinatos, robos, persecuciones, xenofobia,

corrupciones y un largo etcétera) no parece ser una idea pesimista. La ilusión no puede consistir en erradicarlos definitivamente; a lo sumo, se podría intentar comprender, contener, encauzar, reducir nuestra propia crueldad. Si bien habrá dosis diferentes de esta última en cada sujeto –recuérdese que la agresividad es constitutiva de lo humano y sin una cuota de ella la supervivencia sería imposible–, vendría bien liberarse de los egocentrismos, las hipocresías y el maniqueísmo: bien y mal brotan de una misma fuente y esos dos mundos nunca están separados ni ausentes en las personas. No hay sobre la tierra nada más grandioso ni más miserable que el ser humano.

Freud alertó contra las creencias de un fácil desarraigo de las malas inclinaciones del ser humano mediante la influencia de la educación. “En realidad no hay desarraigo alguno de la maldad”, acabó afirmando, haciendo gala de un sabio pesimismo<sup>11</sup>. Pero, como hizo decir Sófocles a un personaje de su tragedia *Áyax*: “Ahora que es consciente, tiene un nuevo dolor”<sup>12</sup>. Extendería esa frase: ahora que somos algo más conscientes de las tendencias destructivas nuestras y ajenas, tenemos un dolor añadido. Pero en todo caso, es un dolor fecundo que ayuda a vivir y a que nos desilusionemos menos. Todavía falta bastante para la salida del túnel...

## IX, y último

Más allá de lo escrito negro sobre blanco por el autor en cada uno de los capítulos de su libro, el lector se encontrará en él con un decantado de varias décadas de ejercicio del oficio de analista. Esto aparecerá como en filigrana en todos los temas tratados, y si bien la problemática de la incidencia de las pulsiones en la cultura ha actuado como un hilo conductor, el lector verá desfilar a manera de bosquejo o de pinceladas todas y cada una de las cuestiones fundamentales que el psicoanálisis acostumbra a abordar; también sus conceptos y perspectivas. Las apreciaciones clínicas de Adissi son también de un incalculable valor. Hablan de una manera muy personal de ejercer el oficio.

Guiado por los principios de la investigación psicoanalítica el autor se acerca a las subjetividades para atrapar las manifestaciones de lo pulsional; pero también el devenir de los acontecimientos, vividos según los

11 *De guerra y muerte...*, Op. cit., p. 282.

12 *Áyax* fue hijo de Telamón y Peribea. Cuenta la mitología griega que al no recibir la armadura de Aquiles tras la muerte de este –le fue entregada a Odiseo–, *Áyax* enloqueció y decidió suicidarse con la espada que le había regalado Héctor. Sófocles escribe esta tragedia entre 450 y 430 años a.C.

prismas de cada quien. En esos contextos va detectando y realzando las tonalidades aparentemente menores, aquellas que con frecuencia no se registran. Detalles, elementos pequeños, ignorados o pasados por alto, que sin embargo representan o suelen contener a menudo lo importante y lo decisivo para cada persona. El adjetivo *pequeño* que acabo de utilizar no tiene nada de menosprecio; por el contrario, pretende jerarquizar el interés por la exploración microscópica, por la comprensión y la plasmación escrita de los aspectos más inconscientes del drama y de la comedia humanas. Ya fue dicho: los humanos se han manifestado muchas veces esplendorosos y en otras ocasiones, no tanto; la historia está llena de actos de arrogancia, de irracionalidad, de brutalidad. Pero, como insiste Adissi, también de pensamientos, acciones gloriosas, solidarias, de “pasiones desapasionadas” –valga el oximoron que empleo– y de enamoramientos verdaderos, esos “delirios” temporales que de vez en cuando se instalan en los seres humanos y les otorgan ese gramo de locura necesario para consumir acciones mucho más nobles y ennoblecedoras que la mismísima cordura.

Quiero terminar con un poema que trata sobre el amor, la pulsión sexual, la ternura, lo intelectual-afectivo, temas muy apreciados para Yako Adissi y tan presentes en su libro; son versos muy antiguos, nos llegan de lejos –Alejandría, cerca del año 210 a.C.–, gracias a Pedro Olalla<sup>13</sup>. Dióscoris escribe esas estrofas; la historia cuenta que mientras las garabateaba se sonreía, se sonrojaba y que buscaba con fruición las palabras adecuadas para sus versos. Tal vez anhelaba la perfección como si supiera que el reflejo de la pasada noche, plasmado sobre un frágil papiro, habría de ser pronto el único testimonio de la existencia de Dorís y del propio Dióscoris y que el resto de lo vivido por ellos, tal vez se desvanecería para siempre. La oda dice así:

A Dorís de nalgas sonrosadas, reclinada en el lecho la tuve  
y fui inmortal entre sus tallos frescos,  
pues a horcajadas con sus muslos sublimes  
me llevó sin desliz por la larga carrera de Cipris,  
mirándome con ojos lánguidos, mientras que como hoja al viento,  
temblaba enrojecida al galopar,  
hasta que el blanco ímpetu surtió de los dos  
y ella se derramó con el cuerpo tendido.

*Muchas gracias, Yako, por tu libro.*

<sup>13</sup> Autor de *Historia menor de Grecia* (2012), Barceloma. El acantilado. Cita entre sus fuentes para este relato a la *Anthología Graeca*; en especial, V. 55 y a Fraser, P. M. (1972) Ptolemaic Alexandria, Oxford. Clarendon Press.

## Introducción

Que Freud destaque algunas de las consideraciones de Von Ehrenfels en su escrito de 1908 titulado “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, nos permite conjeturar que formaban parte de su concepción ideológica. Así como estas ideas aceptadas por él:

- a) bajo el imperio de una moral sexual cultural sufre menoscabo tanto la salud como la aptitud vital de los individuos cuya resultante final es una degradación de la meta cultural misma, y
- b) los requisitos que discriminan la actitud que la mujer debe cumplir relativos al ejercicio de su sexualidad a quien solo le está permitido satisfacerla dentro del matrimonio.

Si analizamos como se postulan los intercambios sexuales en la actualidad, observamos que la ternura, resultante de las primeras interacciones del *infans* con sus padres, ha quedado prácticamente abolida y con ella la aptitud hacia la reciprocidad, dejando así de lado la participación necesaria del reconocimiento valorativo del otro/a actitud que en el comienzo de la vida del niño/a es indispensable y de fundamental importancia para generar un desarrollo psicobiológico que transite por cauces normales.

Si nos hacemos eco, entonces, de los preconceptos que sostienen la práctica de la sexualidad en la actualidad no estaremos equivocados si sostenemos que la cultura se ha humillado como consecuencia de la degradación de la sexualidad a la que no se le reconoce ser un factor operativo, independientemente de la procreación, en el desarrollo de la humanidad. Freud mismo sostenía en dicho escrito lo que destacamos en a): que la moral sexual cultural conlleva la degradación del objetivo cultural buscado.

Ello nos permite postular –hipótesis inicial–, que si bien la sexualidad humana tiene, como lo ha demostrado la cultura, la fuerza de la orientación instintiva característica de los animales, goza además de cualidades que la hacen diferente porque en ella intervienen factores singulares, únicos, característicos de la humanidad: los procesos simbólicos, que al participar en la vida de fantasía y en la constitución del

deseo le dan un sesgo que secundariza el ejercicio de la misma como factor reproductivo.

Estas ideas pueden resultar incoherentes para quienes consideran que es imposible unir el reconocimiento discriminativo y valorativo hacia los otros con la fuerza pulsional, concepción que le asignaría sentido al juicio que dice que la instintividad es unívoca en el animal y en el hombre. Laplanche nos ha ayudado a comprender que la pulsión es una perversión de la instintividad. Intentaremos descubrir el sentido que el maestro francés pretende trasmitirnos, para ello consideraremos inicialmente lo que nos dice la etimología, que a nuestro criterio es el sedimento intelectual-afectivo que ha dejado la evolución del hombre en el desarrollo de los procesos simbólicos.

Etimológicamente, pervertir significa: trastornar, revertir (es decir, volver a verter: su vocablo madre, cuyo significado es “hacer girar, dar vuelta, derribar, cambiar, convertir”); a su vez, revertir es volver al estado o condición que tuvo antes, lo que está asociado con el vocablo subvertir, es decir, trastornar, revolver y –esto es importante– otro de sus significados es “destruir”, sinónimo que debemos entender en este contexto no como un proceso eliminador sino como un procedimiento transformativo o transmutativo, por estar asociado a la moral.

Las preguntas que debemos hacernos son: ¿Qué significa trastornar la instintividad? ¿Cómo se puede volver al revés la instintividad? ¿Por qué y para qué destruir la instintividad? Y por último, ¿Cómo se puede revertir lo que originariamente era dinámica instintiva?

La aseveración de Laplanche nos induce a pensar que la instintividad no ha desaparecido en la constitución del psiquismo del hombre, ella está subsumida en la dinámica pulsional –característica singular de la nueva integración de la materia viva–, que agiliza el desarrollo de su humanidad al promover actividades altamente individuales y sociales resultantes del trastorno de la instintividad en pulsionalidad. Por ello, los hombres, genéricamente hablando, son animales que tienen la “posibilidad” de humanizarse, lo que quiere decir que no todos los hombres pueden ser considerados –cualitativamente– seres humanos aun cuando participen de su condición biofisiológica.

Lo son fenomenológicamente, pero pueden no serlo cualitativamente, habida cuenta de que es la cualidad puesta en acción lo que define a la humanidad. Trastornar la instintividad es perturbarla, descentrarla, cambiar su cualidad, su perentoriedad, su exigencia; cuando a una persona se le asigna el adjetivo trastornado, es porque ha perdido su equilibrio, su centro, es decir, ha perdido su dignidad.

Dicha transformación cualitativa conlleva un trastorno de la instintividad, una perversión de su originalidad, un proceso que implica un

cambio de cualidad, que perturba su originaria dinámica acostumbrada a estar fundamentalmente sostenida por el soma que no soporta ni admite ninguna modificación. No es posible negar la historia evolutiva que dio origen a la humanidad, por ello creemos que la perversión del instinto ha dejado sedimentos en la pulsionalidad.

Se produce así una verdadera desnaturalización en la intimidad de la estructura instintiva que es como modificar su sentido, ha dejado de ser lo que era, porque debió mancomunar la omnipotencia que caracteriza al instinto animal con una cualidad que, sostenida en una nueva realidad psicobiológica, intenta desnaturalizarla, pero necesitando conservar su fuerza, ya no como determinante de las conductas sino como codeterminante de ellas.

Es un proceso transmutativo, posiblemente equiparable a la destrucción del instinto porque no tendrá ya el dominio sobre la acción, será solo motorizador secundario de ella, conjeturando que aquellas conductas que tienden hacia el desconocimiento de la alteridad y a la destrucción son la expresión de la instintividad que subyace en la pulsionalidad como expresión limitadora de la transformación cualitativa del instinto que en el animal humano se denomina pulsión, para diferenciarla de la fuerza vital que motiva a los animales llamados inferiores, cuya fuerza instintiva está inscrita en la realidad somática del individuo animal, a diferencia de lo que acontece en el animal humano cuya instintividad-pulsional<sup>1</sup> es educable, factible de ser transformada y resignificada en las distintas etapas de la vida del hombre.

Pareciera que estamos postulando que las conductas humanas al tener como soporte la pulsionalidad –y no puede haber ninguna que no lo tenga, porque la pulsión es la manifestación de la fuerza vital del hombre–, no pueden decantarse decididamente por la auto o heterodestrucción, lo que conduciría al lector a pensar que estamos negando la existencia de la pulsión de muerte. No, intentamos aclarar sobre qué basamentos intelectual-afectivos actúa la denominada pulsión de muerte como expresión de una instintividad trasmutada que:

- a) se encarna en un nuevo soporte biológico;
- b) es la expresión de una ancestralidad instintiva heredada pero modificada; y
- c) es la inscripción en la nueva integración de la materia viva de una compulsión interna que –debido a la ambivalencia afectiva amor-odio que la constituye– se desarrolla fundamentalmente entre de su tendencia hacia la autodestrucción –aun cuando solo

<sup>1</sup> Utilizamos esta expresión compuesta para destacar que es la pulsión la que debe adjetivar la manifestación instintual.



pueda ser observada la heterodestrucción– y su necesidad de desarrollo vital.

La pulsión de vida es también la transformación de aquella fuerza instintiva que conducía a los animales hacia la reproducción y el cuidado de sí, mutación que dio lugar al surgimiento de una energía sexual cuyo fundamento esencial no es la ciega reproducción que obedece a una necesidad, sino la expresión de una dinámica deseante que adquiere las características de cualidad. El deseo es, así, la manifestación mancomunada de anhelo, ansia, aspiración, ambición, apetito e interés.

No es factible sostener lo que nos han legado los griegos, padres de nuestra cultura, postulando la existencia de una disociación cuerpo-alma o cuerpo-psyche, disociación que da lugar a la intelección de que el individuo está sometido a los poderes del destino (los dioses) que bien pueden ser entendidos como los poderes de su latente instintividad que se opone a la actividad intelectual-afectiva que debe estar fundamentada en el reconocimiento de la alteridad.

La humanidad tiene la posibilidad de ejercitar y desarrollar su inteligencia en el marco de la libertad, que no debemos entender como una entelequia, sino como el ejercicio de un vínculo con el prójimo con quien se mantiene una dependencia adulta, que es la consecuencia del establecimiento y reconocimiento de límites a los cuales debe sujetarse, porque dicha acción es la indicadora de que los hombres son sujetos de y para la cultura –y no objetos–, y en tanto tales, capaces de discernir que la necesidad humana siempre estará condicionada a la capacidad de reciprocidad de la que depende su supervivencia.

Es menester aclarar que límite no es sinónimo de prohibición; la prohibición es una acción directamente dirigida a inhibir la capacidad de discernimiento del ser humano, quien por su disponibilidad hacia la intelección está inclinado a comprender y rechazar su origen autoritario que hiere y dificulta la elección inteligente del individuo.

El límite, opuestamente, es una estructura abierta, no puede ser representada geométricamente como una delgada línea imposible de traspasar, sino como una estructura que posibilita el intercambio, el desarrollo de la inteligencia y de la creatividad, dentro del marco del reconocimiento y aceptación de la reciprocidad, dinámica que nos enseña que la libertad es una modalidad vincular que conlleva la aceptación de las leyes, no instauradas para prohibir sino para indicar caminos que incrementen el intercambio y el enriquecimiento del ser humano en todas sus dimensiones, lo que nos indica que el límite tiene su fundamento en el diálogo.

La pulsión de muerte, en tanto pulsión originaria, podría ser el resabio heredado de antiguas configuraciones instintivas y en tanto tal podemos

considerarlas como el aporte heredado que el hombre alberga en su realidad pulsional, herencia de sus antepasados animales y homínidos que participa en la configuración de sus conductas como codeterminante de la dinámica pulsional, pero acepta la mediación de la inteligencia y la voluntad teniendo la posibilidad de modificar y dirigir lo heredado, que como codeterminante debe ser comprendido como reforzador de la singular conducta humana, consciente de la necesaria presencia de la alteridad para desarrollar la humanidad en lugar de que, como fuerza ancestralmente heredada, reinstale una legalidad anterior: el dominio del poder que proporciona la fortaleza, no mediada por la capacidad de discernimiento que, formando parte del intercambio humano, debe fundamentarse en la ética, que debiera ser la dirección singular de la humanidad.

Ergo, la pulsión de muerte podría ser la manifestación de aspectos genuinamente instintivos del hombre cuando regresiona a etapas pasadas de la evolución animal y homínida, etapas en la que la dinámica instintiva era un aspecto directriz y constitutivo de la inteligencia animal, dando lugar a lo que podríamos designar como inteligencia instintiva opuesta a la inteligencia que fundada en los procesos simbólicos es movilizadora por la pulsión, término que designa una mutación de la instintividad.

La reversión de la dinámica instintiva –respondiendo a nuestra última pregunta– que la transforma en fuerza pulsional es la consecuencia de la transmutación de la animalidad natural en animalidad humana, cuya singularidad es que se proyecta más allá de la naturaleza, aludiendo a la utilización y desarrollo de todas las singularidades con las que la humanidad ha sido dotada, así como la animalidad para poder subsistir en su entorno natural debe utilizar las dinámicas instintivas que la conforman.

Creemos oportuno transcribir unas pocas líneas de del escrito metapsicológico (p. 191) de Freud titulado “Lo Inconciente”, donde el padre del psicoanálisis nos dice de la existencia de lo instintivo en el ser humano:

El contenido del Icc puede ser comparado con una población psíquica primitiva. Si hay en el hombre unas formaciones psíquicas heredadas, algo análogo al instinto [*Instinkt*] de los animales, eso es lo que constituye el núcleo del Icc. A ello se suma más tarde lo que se desechó por inutilizable en el curso del desarrollo infantil y que no forzosamente ha de ser, por su naturaleza, diverso de lo heredado.

## Índice

|  |     |
|--|-----|
| <b>Más que prólogo..., un largo agradecimiento</b>                                   |     |
| <i>Víctor Korman</i> .....   | 15  |
| <b>Introducción</b> .....  | 31  |
| <b>Capítulo I</b>  |     |
| El complejo de Edipo: promotor del desarrollo humano .....                           | 37  |
| <b>Capítulo II</b>   |     |
| ¿Qué es y cómo se manifiesta una representación?.....                                | 45  |
| <b>Capítulo III</b>  |     |
| Freud y la cultura.....  | 47  |
| <b>Capítulo IV</b>   |     |
| ¿Por qué moral sexual y no ética sexual? .....                                       | 59  |
| <b>Capítulo V</b>  |     |
| Pensando con Freud.....  | 73  |
| <b>Capítulo VI</b>   |     |
| ¿Cómo se genera el pensamiento? .....  | 103 |
| <b>Capítulo VII</b>  |     |
| Violencia: una manifestación de la perversidad.....                                  | 131 |
| <b>Capítulo VIII</b>   |     |
| Neurosis de transferencia: ¿una de las vicisitudes<br>de la pulsión de muerte? ..... | 159 |
| <b>Capítulo IX</b>   |     |
| Narciso y Edipo en la evolución psicosexual de la libido .....                       | 223 |
| <b>Bibliografía</b> .....  | 297 |